

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA ALUCINACION DE LA CIRCUNSTANCIA

TOLEDO BAJO LA LLUVIA

No tuve suerte con el tiempo: llovía, y mucho, a ratos. Para ir y venir por las calles de una ciudad, cruzar sus monumentos, pararse a juzgar la pinta de sus vecinos, la lluvia no suele ser buena compañía. O quizá sólo lo es allá donde la misma lluvia forma parte de la escena. No en Toledo, supongo. El visitante trae consigo los tópicos propios del caso, residuos de lecturas más o menos solventes, y le desagrada no encontrar enseguida una franca corroboración. Puede que yo esté equivocado, y Maurice Barrés, y don Vicente Blasco, y el doctor Marañón ya daban en sus libros una imagen de Toledo relativamente gris, con nubes y humedad: no consigo recordarlo. Lo cierto es que me esperaba hallar el sol sobre las piedras antiguas y un cielo de azul intenso. Tal vez fue un error emprender la excursión en aquellas condiciones: la primera obligación del «turista» es cerciorarse, antes de salir de casa, de que la meteorología le prestará las máximas complicidades. Pero, en definitiva, tampoco importó demasiado. Toledo impresiona «a pesar de todo». El aguacero, el viento, el frío, apenas contaban; incluso la luz tamizada, emulsiva, parecía ofrecer un encanto singular. De no ser por la abundancia de forasteros transeúntes y su trasiego automovilístico, la estampa urbana habría mantenido un denso «sabor» ochocentista.

Digo «sabor» por decirlo con una metáfora fácil: se trataba, al fin y al cabo, de algo no exactamente «visual». Y eso: ochocentista. Los edificios, las pinturas, las evocaciones maquinales, desde luego, sugieren referencias más lejanas, y, a menudo, remotas. Con un poco de buena voluntad, hasta se puede llegar a los visigodos. La información de los cicrones disponibles no descuida ni el menor detalle insignificante, comenzando por Alfonso el Sabio y sus escribas, y siguiendo por el cardenal Mendoza, y otros reyes, y más judíos, y doña María de Padilla, y una sarta de nombres sobrecogedoramente ilustres, con el Greco a cada punta de frase. Sin embargo, lo que de veras se respira es siglo XIX: una calma levítica, una sólida serenidad hipotecaria, el «macizo de la raza» en su plena lentitud geológica, y, por debajo, un leve ronzano de discrepancia, más bien insolito, o solitario. Es muy posible que la «Tristana» de Buñuel se sobre esta apreciación, que reconozco y confieso rápida y sin demasiado fundamento. No sabría negarlo. O se debe a una vaga reminiscencia de «La Catedral». El Toledo entrevisto en un paseo remojado y corto se perfila así. Me sorprendió no cruzarme por mi trayecto con un canónigo inconfundible, con alguna se-

ñora de mantilla, con caballeros estrictamente notariales. Acaso la marea postconcliliar ha introducido cambios. O el chaparrón los aparenta. La gente indígena es como la de cualquier otra parte: chicas maxifalderas —el clima no permite excesos en sentido contrario—, muchachos melenudos, cuajentones de tamaño normal. Y con todo...

Aquí, la Mitra tuvo que ser un factor decisivo. O el Cabildo. O ambos, sumados. La enorme, gloriosa fábrica de la Seo da la medida de una opulencia excepcional. Ignoro cuántos templos pueda conservar la Cristianidad actual comparables a éste. Muy pocos, sin duda. Para quien procede de terrenos más modestos —a nivel eclesiástico, se entiende—, la admiración se impone en términos enérgicos: yo me pasé el recorrido lanzando interjecciones probablemente poco correctas, pero de pasmo inocente. Desde los grecos de la Sacristía hasta el San Cristóbal «grandeur nature» de un fresco lateral —proporcionado a la muela del santo que guardaban en su relicario los capilares de Valencia—, pasando por la excelsa orfebrería de la custodia procesional de Corpus y por las tallas obscenas del coro, y por cada palmo de espacio, la Metropolitana de Toledo es una memorable suma de magnificencias. La historia y sus azares, la han respetado. De su conjunto, con todo, se desprende una fuerte tentación de melancolía. En el fondo, lo mismo ocurre en sitios semejantes de otras latitudes. Pienso, más que nada, en su fatalidad de cementerio. No creo que, a estas alturas, ni siquiera los ancianos más eruditos del lugar puedan saber el número de cadáveres que esperan la resurrección de la carne en el área de la catedral de Toledo. Uno vuelve los ojos, y tropieza con la tumba de un prelado, de un duque, de un monarca. La tradición es eso: una constancia mortuoria elevada al grado de suntuosidad explícita.

Mi divagación por la Ciudad Imperial no podía ser excesivamente aséptica, por descontento. En aquella pululación de fantasmas ilustres, yo tenía que escoger «los míos». Los de mi tribu. Don Vicente Blasco Ibáñez era uno de ellos. Blasco situó su novela «La Catedral» en Toledo: para un clerofobo celibérico de finales del XIX —y él lo era tanto como el que más—, la «catedral» por excelencia había de ser la de aquí, cifra y símbolo de todas las demás catedrales de la piel de toro. Mi memoria es débil, y casi he olvidado el relato de don Vicente. Lo probable es que su «visión» fuese capciosa y ácida: por prejuicio y por deliberación, mitad y mitad. Además, quizá ni se molestó en «documentarse» con la per-

linente puntualidad: un par de semanas de hotel, y libro que te crió. Todas las novelas de Blasco posteriores al «ciclo valenciano» no pasan de ser conatos de reportaje, precipitados y triviales. ¿Qué «sabía» Blasco de Toledo? En realidad, se propuso —con «La Catedral», «La Bodega», «El Intruso», «La Horda»— hacer la competencia a los entonces jovencitos escritores de la «generación del 98», meliéndose en el berenjenal de explicar «el problema de España». No lo hizo mal del todo, aunque ahora nadie quiera admitirlo. Pero tampoco lo hizo demasiado bien. En Toledo, ¿quién se atreverá hoy, a leer la narración de Blasco?

Me lo preguntaba, mientras iba dando vueltas por la bella y espaciosa Sinagoga del Tránsito. ¿La del Tránsito o la otra? Me refiero a la que cristianizó el otro Vicente valenciano, el dominico Ferrer. Los sucesores de la empleomanía mística del «Entierro del Conde de Orgaz», incluso después del Vaticano II, continuarán escandalizados ante las ingenuas explosiones pseudoanarcoides de «La Catedral». Pierden dinero con ello. Bien mirado, «La Catedral» podría ser, para Toledo, lo que el papelote de la George Sand es para Mallorca: un «souvenir» vendible en cantidades rentables. Los clientes yanquis y franceses todavía aprecian a Blasco: «Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis» son una especie de «Iliada» norteamericana y un alegato francófilo inigualado, y de ahí a la expendedoría masiva de «La Catedral» sólo hay un paso. Pero no... Mientras contemplo los adornos y las proporciones de la Sinagoga, pienso en san Vicente Ferrer, mi otro paisano «históricamente» flotante en el aire de la ciudad. Hay algunos más: un par de arzobispos, o más, sin contar el actual. San Vicente fue, en su momento, algo así como Blasco en el suyo; a escala internacional. En Toledo hizo como en muchos otros sitios: convirtió a judíos. Convirtió a tantos, que el templo mosaico más fastuoso de la localidad —y ya lo quisieran para ellos los teócratas rabínicos de Jerusalén, o de Tel Aviv— pasó a ser una parroquia de barrio. Los judíos conversos, cuando marchó fray Ferrer, se pusieron a judaizar. Don Jorgito el Inglés, propagandista bíblico, metido el siglo XIX, aún contaba chismes de secreta apostasía en el Toledo ortodoxo... Llovía, en Toledo, y me dejé llevar por la alucinación de la circunstancia... Los lienzos de Domenico Theotokopoulos me parecieron —¡hélas!— menos sugerentes de lo que son.

Juan FUSTER

DE RE BELICA

PALABRAS GAFES

—Se habla otra vez de «paz»...
—El siglo XX nació mecido por el vals de la paz perpetua, que prometía el Tribunal Internacional recién creado en La Haya. El zar de todas las Rusias, el autócrata más poderoso de su tiempo porque gobernaba mayor número de hombres y disponía por tanto de más soldados, había sido el padre de la criatura.

—Sí, pero al poco tiempo surgió la guerra con los japoneses...
—La vida es siempre más fuerte que los idealismos. Por eso Nicolás II se olvidó del tribunal que debía resolver por medios jurídicos las querellas internacionales. Por otra parte, la guerra ruso-japonesa fue más mortífera que la mayor parte de las del siglo XIX, y sirvió de prólogo a las totalitarias, que ya estaban gestándose. El Tribunal de La Haya no pudo impedir este conflicto, ni las guerras balcánicas de 1912 y 1913, ni mucho menos la primera gran guerra de 1914. Los ejércitos fueron los que tuvieron que decir la última palabra.

—Sin embargo, ante los centenares de miles de muertos del Marne, de Verdún o de Rusia, los pacifistas proclamaron a voz en grito que aquella guerra sería la última: «Cuando queden aplastados los imperialismos, vociferaban, una paz duradera hará de nuestro Planeta un paraíso».

—Anthony Storr ha escrito recientemente un impresionante libro: «La agresividad humana». Se pregunta Storr si la agresividad humana es una cualidad adquirida o por el contrario innata, consustancial con el ser que llega al mundo. O sea si esto va ya en nuestros genes. Sobre ello hay actualmente muchas polémicas entre optimistas y pesimistas. Para el autor de que hablamos, gran psicólogo moderno, «los hombres sólo están a salvo de la lucha en el seno materno o en la tumba». Pero no podemos extendernos ahora sobre el particular. La verdad es que al igual que los vociferadores anticolonialistas de que hablamos, bondadosos creyentes en la paz duradera, el presidente Wilson, que llegó a Europa con sus lentes de miope y la cabeza antiborrada de pacifismos, prometió tras la primera gran guerra inútil, un nuevo Evangelio para la Humanidad contenido en sus famosos «Catorce Puntos». La Sociedad de las Naciones fue la criatura wilsoniana.

—En efecto, la guerra fue puesta «fuera de la ley»...

—Sí, pero, como decimos por Galicia, todo se redujo a «lume de canas». Fuera o dentro de la ley los pueblos volvieron a atizarse mutuamente de lo lindo. En el período de «entre dos guerras» sucedieron, entre otras cosas, los conflictos del Chaco, del Manchukuo, de China, la cruel guerra civil española, la conquista por Italia de Etiopía y Albania y, finalmente, la reincorporación de Dantzig, que sirvió como pretexto para la última gran «muñeira internacional», cuyas consecuencias estamos ahora tocando, con vistas, cualquier día, a la próxima que se pueda armar. En todos los casos anteriores, la Sociedad de las Naciones se nos mostró de una incapacidad delirante.

—¿Y ahora?
—Ya lo está usted viendo. Los tópicos pacifistas de 1918 se quieren sustituir por nuevas palabras, igualmente vanas. En sustitución de la vieja Sociedad de las Naciones —que el mala lengua de Spengler había definido como «semillero de parásitos veraneantes» en las orillas del lago Lemán— se alzó el armatoste de la O.N.U., que no ha podido resolver, sin que dudemos de su buena fe, hasta ahora nada, como se está viendo en Indochina. Esto me recuerda aquello que se decía por las Castillas en el pasado siglo: «Chico, atranca la puerta, que vienen gritando ¡Viva la libertad!».

—¿Por qué se lo recuerda a usted?
—¡Hombre!, pues porque hay evidentemente palabras gafes. ¿No ve usted que el otro día nos habló el presidente Nixon de «Paz» diciéndonos que la bárbara guerra que libran en el Vietnam será la última de las guerras?...

Jose María CASTROVIEJO

63
1908 ANIVERSARIO 1971
del «GUANTE DE ORO»

Durante el próximo mes de abril vendemos a precios BARATÍSIMOS, más el 10 por ciento de descuento

NUEVA SECCION DE MALETAS

Desde ptas. 295, a lo más distinguido

Ver la exposición. La casa mejor surtida de España. Todo comprador será obsequiado

FABRICA: Calle Diputación, 139. Teléfonos 254.87.21 y 253.50.69

SUCURSAL: Calle Boquería, 16. Telefonar al 221.75.30

Parking para nuestros clientes. Urgel, 85-87

FABRICA DE PARAGUAS
EL DILUVIO

FABRICA: Diputación 139
Tel. 253.50.69 y 254.87.21

Jet
Hotel tours

El sistema de viaje MAS ECONOMICO

7 Londres	7.350'—
7 París	6.975'—
7 Roma	8.710'—
7 Amsterdam	10.460'—
7 Madeira	12.523'—
7 Atenas	12.959'—
7 Berlín	10.455'—
7 Milán	7.665'—
7 Moscú	25.980'—

incluyendo avión, línea regular y seis noches de hotel

Solicite folletos, información y reservas a:

MacAndrews Tours

Agencia de Viajes G.A.T. 124
Pl. Duque Medinaceli, 5
Teléfs. 222-79-99, 222-89-91 y 231-37-07
BARCELONA - 2

PATRONISTA-MODELISTA
designer

Seguendo la línea actual de la Moda europea, ESTECNIC le ofrece un nuevo y práctico Curso de Patronista - Modelista (designer) que comprende:

TALLAS NORMALIZADAS - TRABAJOS EN CADENA (síncros) - METODOS - TIEMPOS - MOVIMIENTOS

SASTRERIA - MODISTERIA - PRENDAS INTIMAS - MODA JOVEN - CAMISERIA

Información: ESTECNIC
Av. Glimo Franco, 520, 3.º (jt. Tuset)

Lunes a viernes, de 7 a 10 noche
Tel. 218-26-29 BARCELONA-11

ATENCION SORDOS
INSTITUTO ORTOPEDICO SABATE

y la prestigiosa marca de fama mundial **SIEMENS**

presentan en Barcelona la nueva gama de audifonos SIN RUIDO DE FONDO

Ultimo adelanto de la técnica auditiva

Solicite una prueba sin compromiso

OPTICA SABATE, c. Canuda, 3 (esquina Ramblas) BARCELONA

mobiliario de **VERANO**

Todo el que precisen, puesto en su APARTAMENTO con sólo el 20% de pago inicial; resto hasta 18 meses.

Modelos en COLONIAL, RÚSTICO, ESPAÑOL y lacados.

JULIACHS

VILLARROEL, 5 y 7 * URGEL, 7, 16 y 20

SEGURO AUTOMOVIL A PLAZOS

en 12 meses · Sin entrada · Sin recargo · Sin franquicia

GALLES Tel. 2-22-22-20 Un teléfono... que sueña